

Pero allá arriba las explosiones se sucedían a intervalos irregulares, y la sirena que habría de anunciar el final del bombardeo parecía haber enmudecido para siempre. Le habría gustado conciliar el sueño, pero resultaba difícil hacerlo en aquella penumbra densa de murmullos y de olores. Justo a su lado una pareja de ancianos dormía plácidamente sobre una colchoneta, con las manos entrelazadas y expresión apacible, como si nada les importara con tal de seguir juntos. Un poco más allá había una familia entera: un matrimonio con dos hijos adolescentes y una niña de unos diez años. Ellos llevaban ropas occidentales, pero la mujer y su hija vestían saris. Por el tono de su piel, Laura supuso que eran indios. Los padres mantenían la calma, pero los chicos miraban en todas direcciones con sus enormes ojos oscuros, aterrados, incapaces de comprender por qué los occidentales habían decidido destruir el mundo rico y cómodo en el que vivían. Algunos pasos a su derecha había tres hombres de mediana edad sentados en el suelo sobre una manta. Estaban jugando a las cartas (tal vez al póquer, por lo que Laura podía distinguir). Por su

aspecto y el acento que identificó en sus murmullos, la muchacha dedujo que eran londinenses de las zonas populares, habitantes de los barrios de Whitechapel o Limehouse, probablemente trabajadores de los muelles. El bombardeo debía de haberlos sorprendido cuando regresaban a casa después del partido. Parecían tranquilos y despreocupados, como si la partida se estuviera desarrollando en su pub favorito con una pinta de cerveza negra delante, en lugar de a muchos pies bajo tierra, mientras la calle donde habían nacido era destruida por las bombas alemanas. Porque eran precisamente los barrios obreros y la zona portuaria del este de Londres los que estaban soportando mayor intensidad de fuego. Según se decía, los nazis habían pensado que castigando a los más humildes crearían descontento y revueltas, lo que aceleraría la caída del gobierno. Casi todos los habitantes del East End habían sufrido la pérdida de amigos y parientes. Algunas familias habían perecido enteras bajo los escombros de sus casas. Pero allí estaban aquellos hombres, disfrutando de su partida, de su té frío y de sus últimos cigarrillos,

PRO SALVTE NOB CAES DEO MITHRAE
SOLI INVICTO AB ORIENTE AD
OCCIDENTEM

—«En honor del noble César y del dios Mitra, sol invicto desde el Oriente al Occidente» —tradujo David con lentitud—. Sí, esto lo confirma. Sin duda estamos en el sitio correcto.

—Pero de momento no hay ni rastro de nuestro guerrero —dijo Laura preocupada.

—Este lugar es enorme. Sigamos explorando.

Encontraron más relieves con motivos alegóricos. También el busto de un emperador de barba rizada que David identificó como Adriano.

—¿Te has fijado en el asombroso estado de conservación de todo esto? —observó Laura—. Parece que el templo hubiera sido usado hasta ayer mismo. ¿Y qué me dices de la sequedad del aire?

—Me he dado cuenta —dijo David—. Es como si este lugar hubiera estado sellado durante siglos, igual que esas «cápsulas del tiempo» que se entierran en los cimientos de algunos edificios para que sean halladas al cabo de muchas generaciones.

Y creo que el secreto está en la especial composición de esta roca. No soy geólogo, pero se trata de un material mucho más duro y menos poroso que un mármol corriente. Si, como suponemos, este lugar fue excavado de un único y gigantesco bloque de este mineral, los muros habrán resistido con facilidad las filtraciones de agua. La oscuridad y la temperatura constante han hecho el resto. Ah, mira. Aquí hay algunas pinturas.

Habían llegado a un tramo de muro que mostraba escenas pintadas. La ejecución era mucho más rudimentaria que la de los relieves que habían encontrado hasta el momento. Pero los trazos y los colores estaban maravillosamente conservados, lo que permitía identificar sin problemas lo representado en cada escena. En una de ellas, un hombre con espada y armadura arremetía contra una especie de demonio de talla gigantesca. En otra, el mismo hombre parecía bucear por un fabuloso paraje submarino donde lo acechaba otro terrible monstruo similar al anterior, aunque con cierta apariencia femenina. En la tercera escena, el guerrero se enfrentaba a una serpiente con alas que escu-